

“dar espacio a una reflexión teórica ágil y muy actual en el campo de los estudios lingüísticos y literarios” (4), con los dotes de un investigador. La facultad de tratar de lo particular sin perder la visión de conjunto, de volver atractivo y cautivador un saber sólido, profundo y complejo sin empobrecerlo ni esquematizarlo, surge sin duda de la auténtica vocación de docente que tiene la autora, de su *genio femenino*. Tocada por éste, la reflexión esencial pero a menudo árida de Julia Kristeva gana vivacidad y poder de seducción en la relectura de Hélène Pouliquen.

Diana Diaconu

Universidad Nacional de Colombia — Bogotá



Padilla Chasing, Iván Vicente. *El debate de la hispanidad en Colombia en el siglo XIX. Lectura de la Historia de la literatura en Nueva Granada de José María Vergara y Vergara*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia, 2008. 245 págs.

En este libro, el profesor Padilla analiza el debate de la hispanidad en Colombia durante el siglo XIX desde tres aspectos fundamentales: la controversia de los partidos Liberal y Conservador de 1848 a 1875; la cuestión religiosa, y, por último, la idea de raza, herencia y tradición. Tales aspectos le permiten ahondar en las discusiones más importantes del campo intelectual y político de la época. Simultáneamente, el eje que sostiene su disertación es el análisis de la obra *Historia de la literatura en Nueva Granada* (1867), del autor neogranadino José María Vergara y Vergara (1831-1872), escritor a quien describe como un “militante católico” (29). Vergara y Vergara quiso crear conciencia nacional en torno a la religión católica en un momento en que la tradición española era menospreciada y atacada por los gobiernos liberales, periodo histórico que además estaba convulsionado por las guerras civiles y dominado por el caos

económico y social. En cuanto historia de la literatura de la Nueva Granada, la intención de la obra de Vergara es, de manera explícita, reivindicar el papel de los conquistadores y colonizadores, y ante todo el de los religiosos, como gestores primordiales de nuestra cultura, pilares y configuradores de la *literatura nacional*.

Es importante destacar la insistencia del profesor Padilla en la que quizás fue la motivación que más impulsó la discusión ideológica y política durante esta parte del siglo XIX: la preocupación de los intelectuales y políticos por la idea de nación. Tengamos en cuenta que, visto en perspectiva, a mediados del siglo XIX aún eran recientes los acontecimientos que condujeron a la independencia política de las colonias americanas, así que la nación neogranadina se veía abocada a definir su futuro político, económico y administrativo como república independiente, tarea que involucraba aspectos culturales de primer orden, como el papel de la Iglesia en relación con el Estado.

El primero de los tres aspectos centrales es la controversia entre los partidos Liberal y Conservador, que tuvo lugar en el periodo que va de 1848 a 1875 aproximadamente. Dicha confrontación se produjo en torno a lo que cada una de dichas agrupaciones defendía como más conveniente para la naciente república en lo cultural, en lo económico y en lo político. Mientras el Partido Conservador abogaba por la tradición hispánica, dada la nobleza y generosidad que le atribuía, al tiempo que defendía la Iglesia católica y la educación en manos de ésta última, el Partido Liberal rechazaba dicha tradición, acusándola de retrógrada, tiránica, fanática y decadente; asimismo, propugnaba por acoger la cultura anglosajona, pedía la separación de la Iglesia y el Estado y daba gran importancia al desarrollo económico.

En ese contexto, Vergara sostuvo una intensa controversia con el político liberal Manuel Murillo Toro, quien estaba muy interesado en introducir reformas que sacaran del atraso económico y del caos social y político al país, pero consideraba que el obstáculo principal era el despotismo de las monarquías españolas y el fanatismo que propiciaba la religión católica entre la población. Padilla nos refiere

que Vergara y Vergara reaccionó con una serie de cartas, reunidas en la obra *La cuestión española: cartas dirigidas al doctor Manuel Murillo* (1859), en las que respondió sistemáticamente a los argumentos de éste último “desde una visión cristiana del mundo” (60) y en oposición a una previsible colonización norteamericana, cartas que constituyen “la defensa más completa que se haya elaborado sobre la cuestión española durante el periodo caracterizado por aquello que aquí llamamos el debate de la hispanidad” (59).

El alegato de Vergara y Vergara se concentró en justificar la conquista española, incluso soslayando su violencia, y en engrandecer la nación hispánica y exaltar la cultura de los colonizadores, ya que según el autor de la *Historia de la literatura en Nueva Granada*, sin esa acción colonizadora y evangelizadora, las naciones americanas no habrían podido acceder a la ciencia, el arte y los conocimientos provenientes del continente europeo. Por tal motivo, Vergara consideraba que la independencia política no tenía por qué conducir a la ruptura con los lazos naturales y culturales que nos unían con España.

El segundo aspecto fundamental que se analiza es el de la religión. Según Vergara y Vergara, el elemento más importante de la identidad cultural neogranadina era la religión católica, por su influencia en las costumbres colombianas y su decidido impulso al arte, la ciencia y la educación. En la obra del neogranadino, el tema religioso del cristianismo y, más específicamente, del catolicismo es el más relevante, y alrededor de él se entreteje la mayor parte de la discusión intelectual, ideológica y política. Padilla indica que la controversia se radicalizó porque cada uno de los bandos en contienda se atrincheraba en posturas irreconciliables: “la militancia por los valores católicos fue para algunos conservadores aquello que para los liberales radicales fue la defensa de las libertades civiles” (104). Por este motivo, los católicos neogranadinos interpretaron la actitud de los liberales como un ataque directo contra la religión, a pesar de que el laicismo liberal se presentaba como anticlerical, pero no ateo. Quizá por ello, para Vergara no era suficiente declararse

cristiano; era necesario reconocerse católico, para diferenciarse de los cristianos laicos, anticlericales y protestantes. Asimismo, el tema de la relación entre la Iglesia y el Estado se convirtió en el punto más álgido de la controversia, en la medida en que la población neogranadina, fundamentalmente católica, estaba convencida de que “la fusión armónica del Estado y de la Iglesia, la verdad y la moral católica[s] hacían parte del orden natural de las cosas” (96), mientras los liberales consideraban que, por el contrario, ese poder de inserción e influencia entre los fieles era inconveniente, y la Iglesia debía mantenerse alejada de las funciones del gobierno para impedir que eventualmente éste la utilizara en su provecho.

Otro elemento clave del libro es el análisis de la influencia de los románticos franceses en la vida y la obra de Vergara. Mediante el estudio comparativo de *El genio del cristianismo* (1802), de René de Chateaubriand, y la *Historia de la literatura en Nueva Granada* se puede apreciar cómo el autor neogranadino sustentó su planteamiento en el romántico francés, cuyos temas y símbolos le proporcionaron una visión del mundo muy distante del pensamiento liberal y el mercantilismo anglosajón.

El papel de los religiosos en la configuración de la identidad neogranadina es otro de los temas cruciales de la obra de Vergara. El historiador les concede protagonismo en la vida intelectual de la Nueva Granada hasta el punto de concebir a la Iglesia como una institución literaria. De esta concepción surge su férrea defensa de la Compañía de Jesús, en abierta oposición a los liberales, quienes adelantaron la orden de expulsión de los jesuitas basados en que su intromisión en la educación de la juventud neogranadina se constituía en un hecho indebido y peligroso.

El tercer aspecto que desarrolla el libro del profesor Padilla está fuertemente vinculado con el anterior: se trata de la idea de raza, herencia y tradición. Dicho aspecto nos muestra que en la obra de Vergara se afirma que los colombianos somos herederos de la cultura española, de su lengua y sus costumbres; en pocas palabras, la Nueva Granada sería España trasplantada al territorio americano.

Esta idea le sirve a Vergara para introducir sus concepciones acerca de la literatura y del escritor. En primer lugar, Vergara considera como literatura todo escrito que contribuye a forjar la patria a través del arte o la ciencia. Sostiene también que la generación de 1810 fue el resultado del desarrollo de las letras a lo largo de la Colonia; es decir, aquellos criollos que lideraron la emancipación fueron forjados por los representantes de la cultura española, en su esfuerzo por sacar de la ignorancia a los neogranadinos. A pesar de que lamenta el hecho de que se hubieran perdido los testimonios de la poesía indígena, afirma que la literatura en la Nueva Granada no hubiera sido posible sin la tradición castellana, porque un escritor no es producto de la casualidad, sino el efecto de una civilización que evoluciona —idea de progreso que es propia del pensamiento ilustrado—, ya que “sólo si hay evolución humana hay evolución en el arte y la literatura” (180).

Resulta evidente que la noción de literatura en Vergara parte de establecer relaciones con la realidad, en una concepción mimética del arte. Además, en su visión crítica prevaleció el valor representacional y documental de las obras, al tiempo que consideraba como literatura exclusivamente las expresiones escritas, con lo cual desconocía la tradición oral y las expresiones poéticas precolombinas como parte de la literatura nacional. Él mismo nunca se consideró heredero de amerindios, sino descendiente directo de la raza española.

Vergara asume que la literatura colombiana da sus primeros pasos de una manera intermitente e imprecisa, en donde las individualidades marcan las principales características de ese periodo inicial, antes de 1790; de ahí la importancia didáctica que les concede a la biografía y la hagiografía en la configuración de la literatura nacional. En esta etapa de individualidades, es comprensible que sólo mencione algunos nombres destacados. Padilla se detiene en la manera como Vergara y Vergara realiza su procedimiento biográfico. Debido a la idea del neogranadino sobre la raza española, es obvio que su intención al encabezar la galería de escritores de esa primera etapa con el conquistador Gonzalo Jiménez de Quezada es

colocarlo como figura cimera, iniciador y puente entre la tradición castellana y la literatura neogranadina. De este modo, “Vergara trata de romper con la idea según la cual los conquistadores eran en su totalidad bárbaros e ignorantes” (202). Completan ese breve listado Juan Rodríguez Fresle, Hernando Domínguez Camargo, Lucas Fernández de Piedrahita y la madre Francisca Josefa del Castillo, en quienes estarían reunidas una serie de cualidades que coincidían con su idea del escritor como una figura pública sobresaliente, modelo de comportamiento frente a la humanidad, la patria y la religión, valores que Vergara buscaba transmitir a los lectores de su *Historia*.

En la segunda parte de la *Historia de la literatura en Nueva Granada*, la perspectiva del historiador cambia, pues “la idea de unas individualidades dispersas en el panorama literario es reemplazada por la idea de una generación” (211). En este escenario irrumpen los intelectuales, próceres y mártires de la patria, a quienes Vergara glorifica de manera legendaria, hasta el punto de describirlos en situaciones similares a las vidas de los santos. Dicho procedimiento hagiográfico lo llevó a crear situaciones novelescas, quizás provenientes de la tradición oral, que buscaban mitificar a los personajes históricos. Así, la vida de Antonio Nariño, brillante y plena de sufrimientos, es para el autor de la *Historia* el prototipo del neogranadino ejemplar, digno de ser imitado.

A manera de conclusión, podemos decir que el libro del profesor Padilla nos permite adentrarnos a fondo en el conflicto ideológico y político de la época, mediante el análisis de la obra *Historia de la literatura en Nueva Granada*, texto que se constituye así en uno de los primeros planteamientos del eurocentrismo, proveniente de un americano del siglo XIX, José María Vergara y Vergara.

José Gabriel Cruz

Universidad Nacional de Colombia — Bogotá